

Ricardo Peltier San Pedro

Boleros en Belgrano: El Trío Los Panchos en Buenos Aires



Xochimilco Editions

Boleros en Belgrano: El Trío Los Panchos en Buenos Aires



Xochimilco Editions

México · Barcelona · Bogotá · Buenos Aires · Caracas · Madrid
Montevideo · Miami · Santiago de Chile · París
Los Ángeles · Londres · Milpa Alta



© Xochimilco Editions, 2026

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa y por escrito del titular de los derechos.

Primera edición
Febrero de 2026

Derechos de edición mundiales en lengua castellana

Xochimilco Editions
San Bárbara 17
Colonia del Valle
Alcaldía Benito Juárez
Ciudad de México
México

WWW.PELTIERSANPEDRO.COM

“Siempre he sentido que hay algo en Buenos Aires que me gusta. Me gusta tanto que no me gusta que le guste a otras personas. Es un amor así, celoso.”

—Jorge Luis Borges

“Mi Buenos Aires querido, cuando yo te vuelva a ver, no habrá más pena ni olvido.”

—Alfredo Le Pera

“De Buenos Aires tendría que decir muchas cosas... Que es mi vida, que es el tango, que es Gardel, que es la noche... Que es la mujer, el amigo...”

—Aníbal Troilo



Un recuerdo imborrable de mis vacaciones en la ciudad de Buenos Aires, durante el verano de 1973, fue la noche en que Los Panchos cantaron en la residencia del embajador de México en la Argentina. La cita tuvo lugar en el número 1650 de la calle Arcos, en el barrio de Belgrano, una zona de anchas avenidas y generosas alamedas. El trazado irregular de sus calles y la inconfundible estampa de la residencia diplomática reflejan, aún hoy, la poderosa influencia de la arquitectura francesa en la fisonomía porteña.

Aquel recinto guardaba ecos de una historia compartida. Décadas atrás, el 9 de julio de 1927 —día de la declaración de la independencia argentina—, el escritor Alfonso Reyes había presentado allí sus cartas credenciales ante el presidente Marcelo T. de Alvear, en la Casa Rosada, formalizando las relaciones diplomáticas entre ambas naciones. En aquel entonces, la sede de la embajada de México se encontraba en Barrio Norte, en el número 820 de la calle Arroyo, muy cerca del Palacio San Martín.

Fue mi amigo Óscar de la Garza, quien realizaba sus estudios de Ciencia Política en la Universidad Nacional de Rosario, el que me dio aviso del evento: Los Panchos llevarían el bolero mexicano al corazón de Belgrano.

—El viernes por la noche —me dijo Óscar— se presenta en la residencia del embajador el trío Los Panchos, y Jaime del Palacio, el agregado cultural de la embajada, me acaba de invitar... ¿Tú quieres ir?

—¡Por supuesto que sí! —le contesté sin pensarlo dos veces.

—La cosa va a ser elegante —me advirtió de inmediato—.

Estará presente el embajador Celso Humberto Delgado Ramírez.

La forma en que subrayó “*estará presente el embajador*” me dejó muy claro el mensaje: si quería asistir, tendría que vestir de manera adecuada. Por cierto, si mi viaje a la Argentina se hubiera realizado un año antes, en 1972, habría tenido la oportunidad de saludar a don Teófilo Borunda Ortiz —embajador de México entre 1971 y 1972—, gran amigo de mi padre. De hecho, estuvo a punto de colaborar con él cuando don Teófilo asumió, en 1956, la gubernatura del estado de Chihuahua.

Cuando partí hacia la Argentina no estaba entre mis planes asistir a ningún evento formal, de modo que no eché en la maleta ni un saco, ni un pantalón de sastre, ni una camisa blanca, ni una corbata; mucho menos unos zapatos de vestir. En pocas palabras, no tenía ropa “decente” para presentarme en la gala musical del viernes por la noche.

Como Óscar me había notificado del evento apenas el miércoles por la noche, no disponía de mucho tiempo para resolver el asunto de la vestimenta. Para colmo, había quedado de ir la tarde del jueves al estudio de Ileana Vegezzi, la “Pucci”, la reconocida pintora argentina y amiga de Óscar, quien quería hacerme un retrato a lápiz. Solo contaba, entonces, con la mañana del jueves para comprar lo necesario. Una semana antes, la “Pucci” había retratado a Enrique de la Garza y, la verdad sea dicha, yo no quería

quedarme atrás: no era asunto menor ser dibujado por una de las artistas plásticas más destacadas de la Argentina.

Así que, en la mañana del jueves, me lancé al centro de Buenos Aires en busca de una tienda de ropa para caballero donde pudiera conseguir el atuendo completo. Como Enrique de la Garza y yo nos hospedábamos en casa de la madre de mi maestra Silvia Molina —quien en esa época me impartía Sociología en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM—, tuve que madrugar: la casa se encontraba algo retirada del corazón de la ciudad.

Después de recorrer tres o cuatro establecimientos, di con la Sastrería Master, ubicada sobre la avenida Santa Fe, entre Suipacha y Carlos Pellegrini, muy cerca de la avenida 9 de Julio. Allí ofrecían trajes de excelente calidad. Para mi fortuna, la conversión de dólares americanos a pesos argentinos me convirtió, de pronto, en un turista de alto poder adquisitivo. El gobierno del general Alejandro A. Lanusse, que concluiría en mayo de 1973, había dejado al país sumido en una severa crisis económica, de modo que pude costearme, sin mayor reparo, un traje beige de lino confeccionado a mano, una camisa blanca de algodón egipcio, una corbata de seda italiana, un cinturón de cuero inglés y unos zapatos cafés de vestir, también italianos.

Así las cosas, la noche del viernes llegué a la residencia del embajador de México convertido en un auténtico dandi. Según la invitación, el evento de Los Panchos comenzaría a las 20:30 horas; yo arribé poco antes de las ocho. A esa hora, debo decirlo, la residencia ya estaba atiborrada. Tuve que abrirme paso —no sin repartir uno que otro codazo— para traspasar el portón de entrada y, sobre todo, para alcanzar el jardín, donde se llevaría a cabo el concierto.

Contra lo que yo esperaba, el trío Los Panchos había convocado a buena parte de la comunidad artística de Buenos Aires.

Cantantes, bandoneonistas, pianistas, compositores y bailarines aguardaban expectantes los boleros que hicieron famoso al trío en México y —para mi total sorpresa— también en la Argentina.

Mientras el espectáculo parecía a punto de comenzar, entablé conversación con algunos de los asistentes que me rodeaban. Uno de ellos, a mi lado, hablaba con la voz entrecortada por la emoción de la técnica del requinto:

—¡Es increíble! —repetía una y otra vez.

Otro comentaba, asombrado, sobre la calidad de las armonías:

—¡Mirá vos! ¡Hacen la primera y la segunda voz de una manera inigualable!

—¡Son fantásticos! —exclamaba alguien más.

—¡Muero por verlos cantar! —se oyó gritar a una voz perdida entre la multitud.

Este último estuvo a punto de cumplir su deseo de manera literal, porque había pasado ya más de una hora y el espectáculo no daba inicio.

—¿Y los Panchos? —preguntaba la gente, cada vez más inquieta—. ¿Dónde están? ¿A qué hora llegan? ¿Vendrán realmente?

Alrededor de las 21:30, uno de los asistentes del embajador subió al escenario improvisado en la terraza —justo a un costado del jardín— para informar que los músicos estaban por llegar; que era cuestión de minutos y que, por favor, tuviéramos paciencia.

Pero no fue así.

A las 22:30, Jaime del Palacio, el agregado cultural, apareció con micrófono en mano y, tras mil disculpas, aseguró que el trío estaba a punto de arribar, prácticamente *a la vuelta de la esquina*.

Aun así, transcurrió otra hora más.

Fue hasta las 23:30 cuando apareció de pronto en el escenario, dando traspies y a punto de caer, el fundador y director del famoso trío: el poblano Alfredo “El Güero” Gil. A leguas se notaba que se le habían pasado las copas. Cuando intentaba tomar el micrófono para balbucear unas palabras, aparecieron —¡para su fortuna!— los otros dos integrantes: Chucho Navarro y Ovidio Hernández, también dando tumbos y a punto de perder el equilibrio, tan “alegres” como el notable ejecutante del requinto.

Después de balbucear algunas palabras inaudibles, El Güero Gil optó por lo más sensato: tomó su guitarra y comenzó a puentear, lentamente, la introducción de *Hasta mañana*, el bolero que los identifica en todo el mundo y que les abrió de par en par las puertas de las grandes disqueras, en particular de CBS Columbia.

Sin pausa alguna, el trío enlazó *Sabor a mí* y *Página blanca*. Al concluir este último bolero, el júbilo estalló. Los argentinos estaban vueltos locos.

Ya entrados en gastos —y visiblemente más sobrios conforme avanzaba la noche—, Los Panchos cantaron durante dos horas ininterrumpidas aquellos éxitos nacidos en Nueva York en 1944, cuando el «Güero» Gil fundó el grupo. Para cerrar su etílica y magistral actuación eligieron, ni más ni menos, que el bellísimo bolero *Sin ti*, una de sus piezas más emblemáticas, compuesta originalmente por el músico puertorriqueño Pepe Guízar.

Al terminar la última estrofa:

«*Sin ti qué me importa vivir,
si mejor es morir que vivir sin tu amor...»*

los asistentes se pusieron de pie y aplaudieron a rabiar durante varios minutos. Tras el agradecimiento del embajador de México, don Celso Humberto Delgado Ramírez, al trío y a los invitados, la

gente comenzó a retirarse de la residencia, feliz por haber escuchado al grupo más famoso de México, de Argentina y —al menos por esa noche— del mundo.

Aquella noche comprendí que *pena y olvido* no son contrarios, sino compañeros inseparables de la memoria. El bolero —como Buenos Aires— canta para no olvidar, aun sabiendo que el tiempo siempre cobra su parte. En esa melodía quedó suspendido todo aquello que la pena intenta retener antes de que el olvido avance.

Al regresar a México, guardé en el fondo del clóset mis discos de los Beatles, de los Rolling Stones y de John Mayall, y empecé, con fervor renovado, a comprar los discos de Los Panchos.



Embajada de México en Buenos Aires



Xochimilco Editions

México · Barcelona · Bogotá · Buenos Aires · Caracas · Madrid
Montevideo · Miami · Santiago de Chile · París
Los Ángeles · Londres · Milpa Alta